

ciere (1), y engalanados con ella, entraremos triunfantes en la *nueva Ferusalén* (2) para cantar el himno de eterna gratitud (3) con los ángeles y santos por los siglos de los siglos.

(1) Apocal., III, 21; Tobiaë, III, 21;
Jacob, I, 12; I. Petr., V, 4.

(2) Apocal., XXI, 2.

(3) Psal. XCIX, 4; Psal. CXLVIII,
14.



RENUNCIA DE TODA PROPIEDAD



RENUNCIA DE TODA PROPIEDAD

NAY necesidad de repetirlo, hermanas mías, y plegue á Dios que este recuerdo logre estimularnos al cumplimiento de las solemnes promesas que hicimos al pie del altar y en presencia de Jesús Sacramentado. Un día, el más solemne de nuestra vida, nos consagramos al servicio de Dios, renunciando para siempre toda propiedad así material como espiritual, y no sé si lo hemos cumplido; no sé si Dios tiene alguna queja contra nosotros en este punto. Lo que sé positivamente es que estamos muy llenos de nosotros mismos; que nos amamos demasiado con un amor que Dios no aprueba, y que es causa y raíz de todas las faltas que cometemos. Aún no hemos renunciado enteramente á nuestros quereres y aficiones; no ha muerto todavía nuestra propia voluntad y juicio; aún estamos vivos en esta materia. Es verdad que vestimos honrosísimo hábito negro, que induce á creer que hemos muerto al mundo y á sus vanidades; es cierto que vivimos en brazos de la obediencia, lo cual significa que hemos muerto á nosotros mismos; pero, ¿se engaña el mundo al creer esto de nosotros, ó bien vivimos engañados, miserablemente engañados, fingiendo lo que no somos?...

Repito que hemos renunciado á toda propiedad, y quizá somos todavía propietarios, siendo así que la única propiedad, la única herencia á cuya posesión tenemos indiscutible derecho es Dios, como dice el real Profeta: *El Señor es la parte de mi herencia* (1); y para que Dios éntre en nuestro corazón y en él reine y gobierne como Rey absoluto (2); para que podamos llamarnos y ser sus discípulos y amigos, debemos cumplir lo que nos manda. *Seréis mis amigos*, nos dice, *si hacéis lo que os mando* (3). Y ¿qué nos manda Jesús, hermanas mías? Escuchadle: *Quien no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo* (4). Eso ya lo sabíamos en el acto de nuestra profesión religiosa; eso ya lo tuvimos en cuenta al consagrarnos para siempre al servicio divino; precisamente esa sentencia de Cristo movió nuestro corazón á abandonarlo todo, todo, hasta á nosotros mismos, para consagrarnos en cuerpo y alma á su servicio... Pues ¿por qué no lo cumplimos, ó lo cumplimos á medias? Sin duda porque ignoramos hasta dónde alcanza esa renuncia.

Vamos á examinarlo, con la gracia de Dios.

Muchas veces se nos ha dicho, hermanas mías, que nuestro corazón es una joya de inestimable precio, y por lo mismo, que debemos vigilarlo y guardarlo con sumo cuidado y diligencia, por la suprema razón que indica el Espíritu Santo: *Guarda, hijo mío, tu corazón con toda diligencia*, nos dice, *porque de él procede la vida* (5). Criado para el cielo, Dios puso en nuestro corazón semillas de inmortalidad para que diesen frutos de bendición y de gloria; pero el demonio,

(1) Psalm. XV, 5; Act., XXVI, 13; Coloss., I, 12.

(2) I. Timoth., I, 17; Psalm. II, 6; Psalm. XLVI, 8.

(3) Joann., XV, 14.

(4) Luc., XIV, 33.

(5) Prov., IV, 23; Prov., III, 1; Ecclesiast., V, 1.

lleno de envidia (1), sembró también en él gérmenes de concupiscencia, que sólo pueden producir frutos de muerte y de condenación eterna (2). Por eso Dios y el demonio solicitan sin descanso nuestro corazón (3), y sin emplear ninguna violencia (4), porque el hombre es libre por naturaleza (5), esperan recoger á su tiempo el codiciado fruto de sus obras. Mas tratándose de religiosas que se han ofrecido á Dios en holocausto, esto es, que le han dado posesión perpetua é irrevocable de su cuerpo y de su alma, de su voluntad y entendimiento, ya no cabe la elección, porque su corazón ya tiene dueño, ya está lleno de Dios, ya *vive en él Cristo* (6), y desde entonces este corazón es *huerto cerrado* (7) para todo lo profano; huerto cerrado en cuyo centro está Jesucristo como *fuelle sellada* (8) con los cinco sellos de sus llagas, por las cuales mana á raudales el agua de la gracia para apagar la sed espiritual de sus queridas esposas (9) y conservar frescas y lozanas las flores de todas las virtudes. Esto es delicioso, hermanas mías, y muy cierto, á lo menos para las religiosas de buen espíritu, para todas las que, huyendo del siglo, habéis llamado á las puertas de la Casa de Dios (10), que es la Religión, para vivir en ella todos los días de vuestra vida (11); y esta resolución tan heroica os la inspiraron sin duda aquellas palabras de Cristo: *Quien no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*. Pero, ¿habéis considerado alguna vez el alcance, la extensión, la fuerza inapelable de esta sentencia de Cristo?... Por si no lo habéis hecho, vamos á examinarlo, y veremos si nuestro corazón está tan vacío de toda propiedad como Dios lo quiere para llenarlo de su amor.

(1) Sapient., II, 24.

(2) Jacob., I, 15.

(3) Prov., XXIII, 26; I. Petr., V, 8.

(4) Jacob., I, 14.

(5) Eccli., XV, 14.

(6) Galat., II, 20.

(7) Cant., IV, 12.

(8) Joann., VII, 37; Psal. XXXV, 10.

(9) Isai., XLIV, 3; Isai., LV, 1; Joann., VII, 37.

(10) Génes., XXVIII, 17.

(11) Psalm. XXII, 6.

I

Quien no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

La palabra «todo» nada excluye, y por lo mismo, se refiere á todo lo que en algún sentido podemos llamar nuestro, dentro y fuera de nosotros. En primer lugar, ¿qué tiene el hombre fuera de sí mismo que pueda llamar suyo ó que por algún concepto le pertenezca? Pues tiene familia, intereses, amistades, honras, regalos, comodidades y todo lo que puede usar lícitamente. Pues bien: á todo esto renuncia el religioso en el acto de su profesión, y lo renuncia de una manera absoluta y radical.

¿Se trata de los padres? Pues el religioso es una rama cortada del árbol de su familia, para la cual ya no dará ningún fruto, y trasplantada en el jardín de la Religión, en la cual los dará abundantes y muy sabrosos, practicando los consejos evangélicos. «No sé yo qué es lo que dejamos en »el mundo, dice Santa Teresa, los que decimos que todo lo »dejamos por Dios, si no nos apartamos de lo principal, que »son los parientes. Razón es que los encomendemos mucho »á Dios, pero también lo es que no ocupen nuestro corazón, »el cual hemos dado á nuestro Esposo Jesucristo» (1).

¿Se trata de intereses? Pues la renuncia de los mismos constituye al religioso en verdadero pobre de solemnidad; menos aún: porque el pobre en realidad es propietario de lo que recoge de limosna, mientras que el religioso no puede hacer suyo lo que recibe; de suerte que ni aun el hábito que viste, ni la comida que le sustenta, ni el libro que usa, ni la estampa que le sirve de registro, nada absolutamente puede apropiarse como suyo, ni siquiera puede desearlo, ni cam-

(1) Camin. de perf., cap. IX.

biarlo, ni venderlo, ni enajenarlo, porque no le pertenece; sólo se le permite el uso para las necesidades de la vida, con la aquiescencia ó permiso del superior. Su único tesoro debe ser Cristo pobre, desnudo y crucificado, y en Él debe poner su corazón (1).

¿Se trata de amistades? Aunque la religiosa debe amar entrañablemente á todas sus hermanas, porque todas forman *un solo corazón y una misma alma* (2) y en todas resplandece la imagen de Cristo; pero debe guardarse mucho de contraer ninguna amistad particular, por más que á ello la impulse la simpatía ó inclinación natural; porque oficio es de la religiosa el reprimir y mortificar cuanto se oponga ó tienda á menoscabar la paz y unión que debe reinar entre sus hermanas, y las amistades particulares—sobre todo si se fundan en prendas ó dones de la naturaleza,—andando el tiempo, logran destruir esta paz que resulta del concierto y armonía de voluntades, unidas por el estrecho vínculo de la caridad (3). ¿Sabéis cómo califica Santa Teresa á estas amistades, por santas que sean? Pues dice que son verdadera ponzoña en la Religión (4).

¿Se trata de honras y honores? Lo que el mundo llama honra no es tal honra para la religiosa, sino mentira y engaño. Jesucristo nos ganó honra y provecho para todos al ser deshonorado por el mundo, humillado y muerto en cruz (5), y esta es la honra que debe codiciar la religiosa. ¿Queremos seguir los consejos de Cristo, cargado de injurias y calumnias, y al mismo tiempo deseamos que no se toque á nuestra honra y crédito? Esto no es posible.

¿Se trata, en fin, de comodidades y regalos? Las que tuvo Cristo durante su vida y en la cruz, esas ha de procu-

(1) Luc., XII, 34; I. Corinth., II, 2.

(2) Act., IV, 32.

(3) Ephes., IV, 3.

(4) Camin. de perf., cap. IV.

(5) Hebræ., XII, 2; Philipp., II, 8; Psal. XXI, 7.